tra indulgencia. Si los artistas de la escuela moderna son así, lo siento por la escuela.

El marqués se puso triste.

—En verdad—murmuró,—que deploro con el alma haberos impuesto á ese jóven. ¡Qué torpeza la mia! Y ahora que le hemos aceptado como huésped, ¿qué hacer?

—Nada—contestó Lazarine,—dejar las cosas como están. ¿Me suponeis capaz de inquietarme por esto? Creo, ademas, que ese caballero comprenderá que aquí no está bien colocado y ocupará su modesto sitio.

—¿Queréis que le hable de eso á Laurent Videl?—preguntó Roberto.

—Guardaos bien de hacer eso, amigo mio—exclamó la marquesa.—A nadie hableis mas del asunto, ni á mí misma. Bastante nos hemos ocupado ya de ese jovenzuelo; mas de lo que el se merece.

Suspiró el señor de la Tour du Roy y guardó silencio.

XXIII

La jóven marquesa no durmió apenas aquella noche.

Habia manifestado ante su esposo un desden

BIBLIOTECA CENTRAL

que no era sincero. Lejos de irritarle la inesperada aparicion del cómplice de su primera novela de soltera, la preocupaba de un modo extraño.

Era probable que no hubiera sentido amor hácia el artista; pero la habia agradado, y ahora que la casualidad ponia al uno frente al otro, le hallaba encantador con su cabellera negra y rizada, sus finos bigotes y sus ojos habladores.

La emocion manifestada por él en el momento del reconocimiento mútuo, la conmovió especialmente.

Veía en ella la prueba de un fuego mal apagado, que existía entre cenizas en el corazon de Héctor, y que una sola mirada bastaría para hacer revivir este fuego.

Agradecía al artista que la amase todavía, y ademas venia á introducir en su monótona existencia de señora, de que se fastidiaba, las tres cosas mas agradables de este mundo: el atractivo del misterio y del engaño, la salsa picante del fruto prohibido (tan agradable á las hijas de Eva desde la manzana del Paraíso), y por último, una distraccion.

De seguro no se necesitaba tanto para que Héctor fuese acogido favorablemente en el castillo de la Tour du Roy.

¿Quiere esto decir que Lazarine pensase en faltar á su marido?

Nó; al menos en el sentido absoluto de la palabra *faltar*.

Aceptaba la situacion que le parecia ser fértil en complicaciones entretenidas. No pensaba en los peligros, no calculaba las consecuencias posibles y probables.

La falta absoluta de sentido moral la impedia comprender que la sola presencia de Héctor Begourde en la casa del marqués era un ultraje para éste.

Al ocultar á Roberto que conocia á Héctor, Lazarine habia dado el primer paso en el camino de la traicion; y cuando una mujer emprende este camino, no se detiene hasta llegar al fin.

En tanto que estos pensamientos de mal género desvelaban á la marquesa agitando su cerebro, Héctor Begourde, apoyado en el antepecho de su ventana abierta, reflexionaba á su vez sondeando con la mirada las soledades del parque que la naciente luna hacia platear.

—¡Palabra de honor! -se decia.—Esta Lazarine es mas hermosa que antes, pero no es tan buena.... ¡qué galibo de marquesa!

En otro tiempo me favorecia la buena de Lazarine con sus miradas, y hoy que es marquesa, apenas si me reconoce. ¿Para qué sirven las revoluciones? ¿Acaso no soy igual á ese viejo marqués? Mi talento vale mas que

BIBLIOTECA CENTRAL

su título, y yo no cambiaria mi juventud por sus millones. ¡Ah, si pudiera empezar de nuevo la antigua novela y trastornar la cabeza de la aristocrática dama!

¡Esta sería la revancha de la democracia!

¡Tour du Roy suplantado por Begourde!

¡Qué triunfo tan lisonjero para el amante y para el radical!

Héctor abandonó la ventana, cargó su pipa en la oscuridad, la encendió y se puso á fumar cerca de otra ventana, haciéndose la siguiente pregunta:

—¿Tengo probabilidades de éxito?

Reflexionó largo tiempo, pensando en el pró y el contra, y al fin dijo:

—Una mujer llega siempre á conseguir su objeto, sobre todo si no es tonta, y Lazarine no peca de este defecto. Si mi presencia en el castillo le molesta, mañana habrá encontrado pretexto ingenioso para despedirme sin comprometerse, y su viejo esposo nada sospecharia. Si, por el contrario, no dice palabra, es que me tolera, y entonces.... todo es posible. ¿Me tolerará? Esta es la cuestion. Y como se hace ya tarde, Héctor, amigo mio, acuéstate.

El artista apagó su pipa, cerró la ventana, se acostó, durmióse profundamente y soñó que la marquesa de la Tour du Roy se acercaba para decirle:

U.A.N.L.

"Continuemos juntos la novela interrumpida, y lleguemos hoy hasta el último capítulo."

Al nacer el dia, Laurent Videl despertó á su compañero.

—¡Arriba perezoso!—exclamó riendo.—¡Arriba y á trabajar! ¿Creeis por ventura que hemos venido aquí para dormir toda la mañana?

A las diez se presentó el marqués en la galería que pintaban los dos artistas.

—La situacion está á punto de despejarse—pensó Begourde.—Es indudable que el marqués ha hablado esta mañana con su mujer. Si se han puesto de acuerdo, éste se insinuará y yo me pondré en guardia.

Soberbia cabeza de marido legendario y predestinado; es del mismo estilo que la de cierto vizconde de Grand-Dieu, á quien me encontré en el estudio de Jorge Trejan, y que él tambien cometió la tontería enorme de casarse con una polla. ¡Qué imprudentes y qué presuntuosos son estos gallos viejos!

El señor de la Tour du Roy parecia hallarse muy contento.

Atendió al discípulo como al maestro, discutió espiritualmente y como verdadero artista sobre la pintura, y se retiró despues de haber advertido á sus huéspedes que el almuerzo era á las once.

BIBLIOTECA CENTRAL

—Todo vá bien—se dijo Héctor.—Lazarine no me ha hechado á pique.

—Marqués encantador—dijo Laurent Videl.—Se dá menos importancia que un burgés y entiende de pintura. ¿Qué pensais de él?

—Que tiene una mujer muy bonita—murmuró Begourde.

—Cierto—contestó el maestro.—La marquesa de la Tour du Roy es una obra maestra animada.

—Vive Dios que ya se lo habeis dicho en todos los tonos.

—Por entusiasmo de artista. ¡Ah, jóven! nada de tonterías, ¿eh? Dominad vuestro corazon. Haceos superior á las pasiones. La marquesa es seductora.... pero no contestaria á vuestros suspiros.

—¿Creeis que soy un necio?—contestó Hector.—Sé como vos, que nada tengo que hacer aquí. Por otra parte, mis opiniones políticas me prohiben todo género de galanteos con una mujer que lleva un título. No transijo con mis principios.

Laurent Videl soltó la carcajada, y prosiguió:

—Haceos fuerte. Creedme. Los principios no ahogan los sentimientos.

A las once menos cuarto los dos artistas se